

## Cuestiones de magia

By Fernando Olszanski

El lago Michigan es un mar. Un mar dulce, calmo y álgido. En días muy claros se puede ver hasta el otro lado, la otra costa, pero solo los edificios altos. En el área de Chicago hay muy pocos días diáfanos, casi todo el año está nublado, ventoso y tirando a frío. A mí me gusta el otoño, trae esa nostalgia vieja y triste, una mezcla de añoranza y morriña. Me siento en la arena a escasos pasos del agua verde del lago y miro a lo largo y a lo ancho. Es un otoño soleado, de brisa fría y de calor tardío que se esparce por la llegada lenta de los rayos del sol. No hay nadie alrededor y está bien que sea así. Este es un momento de magia. Esa magia que Aylín trató en vano de convencerme de que podía cambiar nuestras vidas. Y yo, con mi estúpida soberbia intelectual me negaba a aceptar como parte esencial de nuestro ser. Ese ser que éramos los dos y que debí haber entendido que esa magia era otra cosa. Era algo nuestro. Muy nuestro. Éramos nosotros.

Es un miércoles a la mañana y no fui a trabajar, tampoco iré el jueves, tampoco el viernes. Diré que estoy enfermo, que un virus me ha afectado y que debo estar en cama unos días. Lo que parte de esa mentira será verdad. Traje dos cosas a la playa: Una silla y mi mochila con doce latas de cerveza y una botella medio llena de whisky. Yo bebo cerveza europea, y no se trata de un esnobismo alcohólico, es que ni la cerveza americana ni la mexicana, salvo por un par de honrosas excepciones, me parecen buenas alternativas. El whisky, siempre escocés. Me siento cerca del agua. Pienso en lo reconfortante que sería mojarme los pies, pero el agua está helada. No vale la pena un resfrío. Rompería esa aura mística del momento, me distraería de esa tristeza que circunda el aire del otoño.

Los sonidos de la apertura de las latas se propagan en el viento flaco del lago.

Aylín y yo nos divorciamos hace unos veinte años. Los motivos fueron muchos, no solo mi incredulidad imberbe y mi arrogancia porteña. Ella se cansó de mi pesimismo inmigrante. En tanto yo necesitaba espacio emocional y lidiar con mis propios demonios. Y si bien nos llamábamos para ver cómo estaba el otro, lentamente la separación nos fue alejando a rincones más profundos dentro de nosotros mismos, a la ignorancia de las necesidades de los otros, a la promiscuidad de la búsqueda física sin sentido. Para mí, la magia no existía. Para Aylín, se fue disgregando entre la amargura de la esperanza rota y la agresividad de un ambiente cada vez más insostenible.

Aylín se volvió a la Patagonia. Ya no podía vivir tratando de ser parte de una sociedad cada vez más decadente y más belicosa. La llevé al aeropuerto. Me pidió, me imploró que volviera con ella, pero ya no era posible. Yo no podría acostumbrarme de nuevo al desorden, a la corrupción, a la inseguridad. Yo había construido mi soledad, en ella yo era ridículamente feliz. Al menos era lo que yo creía en esos días. Ella se fue triste. Yo me quedé vacío.

Nos hablábamos cada tanto. ¿Cómo estás? ¿Cómo la llevás? ¿Cómo puedes aguantar eso? De qué otra cosa podíamos hablar. De magia seguro que no.

Hasta que nos dejamos de hablar.

Pasaron los años y mis cabellos se empezaron a quedar en la cama. Cada vez compraba talles de pantalones más grandes. Y mi torpeza se iba acentuando con el paso del tiempo. Me había vuelto más huraño, más esquivo, menos sociable. Hasta hoy.

Cuando vi en el *caller ID* el número inconfundible de la característica de Argentina, supe de inmediato de que no eran buenas noticias. Esos segundos en que mi mano se detuvo antes de recoger el teléfono fueron una vorágine de imágenes que llegaban del pasado, para formar un presente que aún no sabía de qué se trataba. Pero no era bueno. Era nefasto.

Aylín se había quitado la vida. Su hermano me contó algunos pormenores: tras estar mucho tiempo deprimida había empezado una relación que no prosperó y, ya cansada de vivir en la incertidumbre de sus sentimientos, huyó a Mar del Plata, y en su amor incondicional por Alfonsina la acompañó en sus últimos pasos. Por supuesto que ese último acto careció de gloria poética, ni tampoco existió un poema de despedida diciendo “y si él llama, no le digas que estoy”.

Lo extraño de todo es que Aylín siempre ha estado muy cerca de mí. Hoy más que nunca. Su presencia desde aquel día en el aeropuerto ha sido una constante memoria de mi fracaso como hombre. De no haber sabido amar. De no haber aprendido a perseguir mis sueños, que también eran suyos, de no ayudarle a abrir las alas y dejarla volar, que, aunque no lo pedía era lo que necesitaba, lo que describía en sus palabras y silencios. No. No hice nada de eso. Pero hoy ella está acá. En el norte. En Chicago. En la playa junto al lago Michigan. Ella está acá y siento como si quisiera hablarme. Aunque no es necesario que hablemos. Porque su voz es clara en la brisa que llega desde el lago, en el rumor de las olas tenues, en el murmullo de los árboles que se menean al compás de todo este momento que ella llamaría mágico. Como si habitara en todo eso, y en más. Ahora entiendo muy bien lo que ella quiso siempre de mí.

Sé que desilusioné a Aylín. Me desilusioné a mí mismo. Hoy lo veo todo tan claro, tan nítido en lo que me rodea, en el recuerdo vago de cada día en los que pensé a Aylín.

Tenías razón, Aylín. La magia existe, tarde me doy cuenta. Existe porque todo me habla de ti. Todo me ha hablado de ti en estos años, como si no te hubieras ido. Porque nunca te fuiste en realidad. Estabas en todo. En la comida, en la música, en el silencio, en los ruidos. Ojalá lo sepas, Aylín. Tenías razón. Necesito decírtelo. Necesito que lo sepas. Hoy estás aquí, presente, como siempre, aunque antes no lo sabía. Tan seguro estoy que si no me has escuchado quiero decírtelo después de tanto tiempo, de tanto dolor. La magia existe. Tan seguro estoy que si me lo pides ahora, en este momento, caminaría, como Alfonsina, como tú lo has hecho, a las profundidades del lago, para poder estar seguro de que el mensaje te llegue sin demoras. Para poder verte otra vez, frente a frente, e intentar crear, aunque sea por una vez, un poco de magia.